

dos, en su palmatoria de latón. Entonces, al llegar junto á la cama, vi una cosa horrible, estirado, á través de la colcha, yacía la figura del Mandarín muerto, vestido de seda amarilla, con la coleta suelta, y entre las manos, como muerto también, tenía un papagayo de papel.

Abri desesperadamente la ventana. Todo desapareció, y sólo hallé sobre mi lecho, un viejo paletó.

III

Entonces comenzó mi vida de millonario. Dejé apresuradamente la casa de la viuda de Marques, que desde que supo que era rico, me trataba de diferente manera sirviéndome ella misma, con su traje de seda de los domingos, arroz con leche, y otros platos por el estilo. Compré un palacio en Loreto; las magnificencias de mi vivienda son bien conocidas por los indiscretos fotograbados que publicó *La Ilustración Francesa*. Se hizo famoso en toda Europa mi lecho, de un gusto exuberante y bárbaro, cubierto de placas de oro labrado, y continajes de un raro brocado negro, donde ondean, bordados en perlas, versos eróticos de Cátulo; una lámpara, suspendida en el interior, derrama su claridad láctea y amorosa de una nube de verano.

Mis primeros meses de riqueza los pasé amando, amando con el sincero apasionamiento de un inexperto. La había visto, como en una página de novela, regando sus claveles en el balcón; se llamaba Cándida, era pequeñita y rubia, habitaba una casita cubierta de enredaderas, y me recordaba por la gracia y por lo airoso de su cintura, todo lo que el arte ha creado más fino y fragil: Mimi, Virginia, Julietta... Todas las noches, en éxtasis místico caía á sus pies color de jaspe; y por la mañana al despedirme, dejaba en su regazo algunos billetes de cien pesetas. Al principio ella los rechazaba con rubor, pero después los guardaba en su gaveta, llamándome cariñosamente su angel tutelar.

Un día, en que yo, andando sigilosamente sobre la espesa alfombra siria, entré en su tocador, ella estaba escribiendo, muy pensativa, con un dedo en el aire. Al verme, pálida y trémula, escondió el papel que ostentaba en tinta roja su monograma. Yo, en un arranque insensato de celos, se lo arrebaté. Era la carta, la carta, que, desde la más remota antigüedad la mujer siempre escribe; comenzaba por el

indispensable: «idolatrado mío» y era para un alferez de policía.

Arranqué aquel amor de mi pecho como una planta venenosa, y desconfié para siempre de los ángeles rubios, que conservan en su mirar azul el reflejo de los cielos que atravesaron.

Desde lo alto de mi oro, arrojé sobre la inocencia, el pudor, y otras idealizaciones funestas, la diabólica carcajada de Mefistófeles, y organicé friamente una existencia animal, grandiosa y cínica.

Al medio día, entraba en mi pila de mármol rosa, donde los perfumes derramados daban al agua un tono opaco de leche: después, pajes rubios, de manos suaves, me daban fricciones con el ceremonial de quien celebra un culto; y envuelto en un *robe-de-chambre* de seda indica, atravesaba la galería, mirando á mis *Fortunys* y á mis *Corots* entre dos filas silenciosas de lacayos, dirigiéndome al comedor, donde, servidos en platos de Sévres, azul y oro, humeaban los más succulentos manjares. El resto de la mañana lo pasaba en un *boudoir* en que el mobiliario era de porcelana fina de Dresde, y la profusión de flores hacían de él

un verdadero jardín de Armida; allí, reclinado sobre cojines de seda color perla, saboreaba el *Diario de las Noticias*, mientras lindas mujeres, vestidas á la japonesa, refrescaban el aire, agitando abanicos de plumas.

Por la tarde, iba á dar una vuelta á pie hasta el puente de las Almas: era la hora más pesada del día. La turba abyecta se paraba á contemplar los bostezos del Nabab fastidiado.

A veces sentía la nostalgia de mis tiempos de empleado. Entraba en casa, y encerrado en la biblioteca, donde el pensamiento de la humanidad reposaba olvidado y encuadrado en marroquí, cogía una pluma de pato y permanecía horas enteras escribiendo sobre papel de oficio del Estado estas frases hechas, de otro tiempo: «Ilmo y Excmo. Sr.: Tengo la honra de participar á V. E...—Tengo el honor de poner en conocimiento de V.I.»

Al comenzar la noche, un criado, para anunciar la comida, hacía resonar por los corredores, en su bocina de plata, á la moda gótica, una armonía solemne. Yo, entonces, me levantaba y entraba en el comedor majestuoso y solitario. Una multitud de lacayos, con libreas de seda negra, servía, en un silencio de

sombras que resbalan, las vituallas más raras, y los vinos más costosos que joyas. Toda la mesa resplandecía de flores, luces, cristales y reflejos de oro; y, enroscándose entre las pirámides de frutos, mezclado en el humo de los platos, erraba en el aire un tedio inenarrable.

Después, reclinado en el fondo del cupé, iba á las *ventanas verdes* donde alimentaba, en un jardín, digno de un serrallo, entre refinamientos musulmanes, un vivero de hembras, y envuelto en una túnica de seda fresca y perfumada, me entregaba á los delirios más abominables... Me traían medio muerto á casa, al primer albor de la mañana, hacía maquinalmente la señal de la cruz, y, á poco, roncaba sonoramente, lívido y sudoroso, como un Tiberio exhausto.

Entre tanto, Lisboa se arrodillaba á mis pies. El patio del palacio estaba constantemente invadido por la turba; desde las ventanas de la galería contemplaba á veces, en mis horas de fastidio, blanquear las pecheras de la aristocracia, negrear las sotanas del clero, y relucir el sudor de la plebe. Todos venían á suplicar, con frase abyecta, una pequeña participación en mi riqueza. A veces consentía en reci-

33341

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Méx. 1625 MONTERREY, MEXICO

bir á algún viejo aristócrata: penetraba en la sala tartamudeando adulaciones, rozando casi la alfombra con sus cabellos blancos; é inmediatamente, cruzando sobre el pecho las manos de fuertes venas donde corría sangre de tres siglos, me ofrecía su hija por esposa ó para concubina.

Todos mis conciudadanos me brindaban presentes como un ídolo sobre el altar: unos, odas votivas, otros mi monograma bordado en pelo, algunos, chinelas ó boquillas, y todos su conciencia. Si mi mirada amortiguada se fijaba casualmente en la calle en alguna mujer, al día siguiente recibía una carta en que ella, esposa ó prostituta, me regalaba su desnudez, su amor, y todas las complacencias de la lascivia.

Los periodistas espoleaban su imaginación para hallar adjetivos dignos de mi grandeza; fuí el *sublime señor Teodoro*; llegué á ser el *celestes señor Teodoro*; y la *Gaceta*, por no ser menos, llamóme el *extracelestes señor Teodoro*. Delante de mí ninguna cabeza permaneció cubierta, usase corona ó tiara. Todos los días me ofrecían una Presidencia del Consejo de Ministros ó la Dirección de una Cofradía, ofre-

cimientos que rechacé siempre con enojo. Poco á poco el rumor de mis riquezas pasó las fronteras. *El Figaro*, habló de mí cortésmente; en todos sus números me llenaban de elogios; el grotesco inmortal que firma *Saint-Genest* me dirigió apóstrofes, pidiendo mi ayuda para salvar á Francia; y fué tanta mi popularidad, que todas las ilustraciones extranjeras publicaron á un tiempo los detalles más insignificantes de mi vida íntima. Recibí de todas las princesas de Europa cartas con sellos heráldicos, exponiéndome por medio de fotografías y documentos la forma de sus cuerpos y la antigüedad de sus genealogías. Dos tonterías que dije durante aquel año fueron telegrafadas al universo entero por la Agencia Havas; y fuí considerado mucho más ingenioso que Voltaire, que Rochefort y que ese mismo entendimiento que se llama *Todo el Mundo*. Cuando mi vientre indigesto se aliviaba con un sonoro estampido, la humanidad lo sabía por conducto de los periódicos. Hice empréstitos á los reyes, subsidié guerras civiles, y fuí aclamado por todas las repúblicas latinas que ornan el golfo de México.

Y entre tanto, vivía triste...

Siempre que entraba en casa, contemplaba horrorizado, la misma visión; ya atravesada en el umbral de la puerta, ya tendida sobre mi lecho de oro, veía una figura extraña, de coleta negra y túnica amarilla, con un papagayo de papel entre las manos. ¡Era el Mandarín Ti-Chin-Fú! Yo entraba furioso, con el puño levantado, pero todo desaparecía como por encanto.

Entonces caía anonadado, sudoroso, sobre una poltrona, y murmuraba, en el silencio del cuarto, en donde las velas que ardían en los bruñidos candelabros de plata, prestaban tonos sangrientos á los rojos damascos:

—¡Es preciso matar á este muerto!

Y todavía no era esta impertinencia de un viejo fantasma panzudo que se acomodaba sobre mis muebles, sobre las colchas de mi lecho, lo que más me exasperaba.

Mi horror supremo consistía en una idea clavada en mi espíritu como un hierro inarrancable: *yo había asesinado á un viejo.*

No fué con una cuerda al cuello, según el uso musulmán, ni con veneno en una copa de vino de Siracusa á la manera italiana del Renacimiento, ni con ninguno de esos métodos

clásicos, que en la historia de las Monarquías han recibido consagraciones augustas, con el puñal como Juan II ó con la clava como Carlos IX.

Había eliminado á un sér humano, desde lejos, con una campanilla. Era absurdo, fantástico. Mas no disminuía la trágica negrura del hecho: *Yo había asesinado á un viejo.*

Poco á poco esta certidumbre se fué petrificando en mi alma, y como una columna en un descampado dominó toda mi vida interior, de suerte que, por más desviado camino que tomasen mis pensamientos, veían siempre negrear en el horizonte aquella memoria acusadora; por más alto que levantasen el vuelo mis imaginaciones, terminaban por herirse las alas en ese monumento de miseria moral. ¡Ah, por más que se considere la vida y la muerte como vanas transformaciones de la substancia, es pavoroso el pensamiento que ha de bañarse en sangre caliente! Cuando después de comer, mientras á mi lado humeaba el café y yo languidecía, recostado en el sofá, en una sensación de plenitud y hartura, elevábase dentro de mí, melancólico, como canto que

se escapa de una carcel, un susurro de acusaciones.

—¡Miserable, ese bienestar con que te regalas, no volverá á gozarlo el venerable Ti-Chin-Fú por tu causa!

En vano yo replicaba á mi conciencia, recordándole la decrepitud del Mandarín y su gota incurable. Fecunda en argumentos, gustosa de controversia, ella me refutaba con furor:

—Aún cuando en su más pequeña actividad, la vida es un bien supremo; porque el encanto de ella reside en su principio mismo y no en sus manifestaciones!

Yo me revolvía contra este pedantismo retórico de rígido pedagogo. Alzaba altivamente la frente, gritándole con arrogancia desesperada:

—¡Pues bien! Yo le he matado... ¿Qué quieres? ¡Tu nombre de conciencia no me asustal! Eres apenas una perversión de la sensibilidad nerviosa. Puedo eliminarte con un poco de agua de azahar.

Inmediatamente sentía pasar por el alma, con una lentitud de brisa, un rumor humilde de murmuraciones irónicas:

—Bien; entonces, come, duerme, báñate y ama.

Yo así lo hacía. Pero luego, las propias sábanas de Holanda de mi lecho, tomaban ante mis ojos despavoridos los tonos lívidos de una mortaja; el agua perfumada en la que me bañaba, se pegaba á mi piel, con la sensación espesa de sangre que se coagula; y los pechos desnudos de mis amantes, me llenaban de tristeza, como lápidas de mármol que encierran un cuerpo muerto. Después me asaltó una amargura mayor. Comencé á pensar que Ti-Chin-Fú tendría, sin duda, una numerosa familia, nietos y biznietos, que, despojados de sus riquezas, mientras yo me comía lo suyo en vajilla de Sévres, con una pompa de Sultán perdulario, atravesarían en China todos los infiernos tradicionales de la miseria humana, los días sin arroz, el cuerpo sin agasajos, la hermosura negada, el suelo cenagoso de la calle por lecho.

Comprendí entonces por qué me perseguía la obesa fantasma del viejo letrado; y de sus labios cubiertos por los largos pelos blancos de su bigote, parecióme oír brotar esta acusación desolada:

—Yo no me lamento por mí, que estaba ya medio muerto; lloro por los tristes á quien arruinaste, y que estas horas, cuando tú vienes de dormir sobre el fresco seno de tus amantes, gimen de hambre, apiñados, para luchar con el frío, entre el grupo repugnante de leprosos y ladrones, en la *Puerta de los Mendigos*, allá al pie de las terrazas del Templo del Cielo!

¡Oh, tortura espantosa! ¡Tortura realmente oriental! No podía llevarme á la boca un pedazo de pan sin recordar á los descendientes de Ti-Chin-Fú, pidiendo de comer, como pajarillos sin plumas que abren en vano el pico y pían en un nido abandonado.

Si me envolvía en mi gaban de pieles me asaltaba de pronto la visión de las desgraciadas señoras, mimadas en otro tiempo por todas las comodidades del confort chino, hoy rojas de frío, vestidas de andrajos de viejas sedas, caminando con los pies amoratados por un campo de nieve. El techo de ébano de mi palacio me recordaba la familia del Mandarín, durmiendo á orillas de los canales, perseguidos por los perros; y dentro de mi lujoso cupe me estremecía la idea de largas caminatas

por caminos encharcados, bajo el duro invierno asiático.

¡Lo que yo sufría! Y en este tiempo la multitud envidiosa poblaba mi palacio, comentando las felicidades inaccesibles que en él debían habitar.

En fin, reconociendo que la conciencia se agitaba dentro de mí como una serpiente irritada, decidí implorar el auxilio de aquel que dicen es superior á la Conciencia porque dispone de la Gracia.

¡Desgraciadamente yo no creía en él!... Recurrí, pues, á mi antigua divinidad particular, á mi ídolo predilecto, patrona de toda mi familia á Nuestra Señora de los Dolores. Y, regiamente pagado, un regimiento de curas y canónigos, por las catedrales de la ciudad y por las capillas de las aldeas, fué pidiendo á Nuestra Señora de los Dolores que volviese sus ojos piadosos hacia mi mal interior... Mas ningún alivio descendió de esos cielos inclementes á donde desde hace millares de años se dirigen en vano los clamores de la miseria humana.

Entonces, yo mismo me abismé en prácticas piadosas; y Lisboa asistió á este espectáculo

Mandarín—4

extraordinario: un rico, un Nabab postrándose humildemente al pie de los altares, balbuceando con las manos juntas, rezos y plegarias, como si viese en la Oración y en el Cielo algo más que una consolación ficticia que inventaron los dueños de todo, para contentar á los que no tienen nada. Yo pertenezco á la burguesía, y sé que si ella muestra á la plebe crédula un paraíso distante, de goces inefables, es para apartar la atención de sus cofres repletos y de la abundancia de sus sementeras.

Después, mas inquieto, hice decir millares de misas, rezadas y cantadas, para desagrar al alma errante de Ti-Chin-Fú. ¡Pueril desvarío de un cerebro peninsular! El viejo Mandarín en clase de Letrado, de miembro de la Academia de los Ilan-Lin, colaborador probable del gran Tratado de Khou-Truane-Chou, que ya tiene publicados más de setenta y ocho mil setecientos treinta volúmenes, era sin duda alguna sectario de la moral positivista de Confucio. Nunca él había quemado teas perfumadas en honor de Buda; y las ceremonias del sacrificio místico debían parecer á su abominable alma de gramático y de escéptico,

simples pantomimas de los payasos en el Teatro de Haug-Tung.

Entonces, prelados astutos, con experiencia católica, me dieron un consejo admirable: captarme con presentes, flores, brocados y joyas, como si tuese á alcanzar los favores de Aspasia; y á la manera de un ventrudo banquero que obtiene las complacencias de una bailarina regalándola una quinta entre árboles, yo, por una sugestión sacerdotal, tenté conseguir la benevolencia de la Madre de los Hombres, levantándole una catedral toda de mármol blanco.

La abundancia de flores entre los pilares labrados dábanle perspectivas de paraíso; la multiplicidad de las luces recordaban magnificencias siderales... ¡Dispendios vanos! El fino y erudito cardenal Nani vino de Roma á consagrar la iglesia; mas cuando yo, aquel día, entré á visitar á mi divina huesped, lo que vi más allá de las calvas de los celebrantes, no fué la Reina de Gracia, rubia, con su túnica azul, sino al viejo Mandarín con sus ojos oblicuos y su papagayo entre las manos. Era á él, á su blanco bigote de tártaro, á su panza color de oca, á quien todo un sacerdocio reca-

mado de oro, ofrecía, al roncar del órgano, la eternidad de las Alabanzas!

Entonces, pensando que Lisboa y el medio adormecido en que me movía, eran favorables al desenvolvimiento de estas imaginaciones, partí, viajé modestamente, sin pompa, con un baul y un lacayo.

Visité, en su orden clásico, París, la banal Suiza, Londres y los lagos taciturnos de Escocia; levanté mi tienda delante de las murallas exangélicas de Jerusalén; y desde Alejandría á Tebas recorrí ese largo Egipto monumental y triste como el corredor de un mausoleo.

Conocí el mareo de los buques, la monotonía de las ruinas, las desilusiones del *boulevard*: y mi mal interior iba creciendo.

Ahora, ya no era sólo la amargura de haber despojado á una familia venerable; asaltábame el remordimiento de haber privado á la sociedad de un personaje fundamental, un letrado perito, columna del Orden, apoyo de las instituciones. No se puede arrancar á un Estado una personalidad que vale veinte millones de pesetas sin perturbar su equilibrio. Esta idea era mi desesperación. Quise saber si verdaderamente la desaparición de Ti-Chin-Fú

fué funesta á la decrepita China; leí todos los periódicos de Hong-Kong y Shang-Hai, velé noches enteras sobre historias de viajes, consulté sabios misioneros; y artículos, hombres, libros, todo me hablaba de la decadencia del Celeste Imperio: provincias arruinadas, ciudades moribundas, plebes hambrientas, pestes y rebeliones, templos en ruinas, leyes sin autoridad, la descomposición de un mundo, como una nave encallada que el mar deshace tabla por tabla!

¡Y yo me creía el causante de las desgracias de la sociedad china! En mi espíritu enfermo Ti-Chin-Fú tomaba entonces el valor desproporcionado de un César, de un Moisés, de uno de esos seres providenciales que son la fuerza de una raza. Yo le dí muerte, y con él murió la vitalidad de su patria. Su vasto cerebro tal vez hubiese salvado los rasgos geniales de aquella vieja monarquía asiática, y yo inmovilicé su acción creadora. Su fortuna hubiera podido reforzar el Erario, y yo la estaba disipando entre fiestas y prostitutas... ¡Amigos, conocí el remordimiento inmenso, colosal, de haber arruinado un Imperio!

Para olvidar este complicado tormento, me

entregué á la orgía. Me instalé en un palacio de la avenida de los Campos Eliseos, y fui terrible. Daba fiestas á lo Trimalción; y, en las horas más ásperas de la furia libertina, cuando entre la música de las charangas, entre el estridor brutal de los cobres, rompían el *cancan*, cuando prostitutas, de seno desnudo, cantaban coplas canallescas; cuando mis convidados bohemios, ateos de cervecería, injuriaban á Dios, con la copa de champagne levantada, yo, poseído súbitamente como Helio y Abalo, de un furor de bestialidad, de un odio inmenso contra lo Pensante y lo Consciente, me tiraba al suelo á cuatro patas y me ponía á rebuznar imitando al burro.

Después quise descender más; confundirme con la plebe, conocer las torpezas alcohólicas de la taberna; y muchas veces, vestido de blusa, con la gorra echada hacia atrás, del brazo de *Mes-Bottes* ó *Bibi-la-Gaillarde*, entre un tropel de borrachos, fui tambaleándome por los *boulevares* exteriores, cantando con voz ronca:

Allons, enfants de la patrie-e-e!..
Le jour de gloire est arrivé-e-e...

Una mañana, después de estos excesos, á la hora en que en las tinieblas del alma del borracho se alza una vaga aurora espiritual, nació, de repente, la idea de partir para la China. Y como soldados adormecidos en el campamento, que al són del clarín se levantan, y uno á uno se van juntando y formando en columna, otras ideas se fueron reuniendo en mi espíritu, alineándose en formidable formación. Marcharía á Pekin; descubriría la familia de *Ti-Chin-Fú*; casándome con una de las señoras, legitimaría la posesión de mis millones; daría á aquella casa letrada su antigua prosperidad; para calmar el espíritu irritado del Mandarín celebraría pomposos funerales; iría por las provincias miserables distribuyendo arroz y donativos; y una vez obtenido del emperador el botón de cristal que ostentan los Mandarines, sustituiría á la personalidad del *Ti-Chin-Fú*, pudiendo así restituir legalmente á su patria, sino la autoridad de su saber, al menos la fuerza de su oro.

Todo esto, á veces, me parecía un programa indefinido, nebuloso, pueril é idealista. Mas el deseo de esta aventura original y épica, acababa por convencerme, arrastrándome co-